

nuestras acciones



● Educación sexual y participación juvenil: Conclusiones de la formación de monitores/as jóvenes

En el primer semestre de 2025, desde SEDRA hemos desarrollado una nueva edición del curso de formación a monitores/as en educación sexual, dirigido a jóvenes de hasta 35 años vinculados con espacios de educación no formal. En un contexto marcado por redes sociales, desinformación y discursos polarizados —también en el ámbito de la sexualidad—, se hace indispensable generar espacios formativos presenciales, participativos y que estimulen el pensamiento crítico, no solo para el crecimiento individual de las personas jóvenes, sino también para el fortalecimiento de lo colectivo.

La experiencia del curso ha dejado aprendizajes valiosos sobre sus inquietudes, intereses y necesidades, tanto en su formación como en su rol activo en sus comunidades. En este artículo recogemos los principales resultados del proceso, con el objetivo de visibilizar el enorme potencial transformador de las personas jóvenes cuando cuentan con recursos y espacios adecuados para ello.

Educación sexual para comprender los derechos

Al inicio del curso, muchas de las participantes manifestaban su compromiso con causas sociales, su interés por construir una sociedad más justa y su preocupación por temas como el

>>

consentimiento, el placer, la diversidad o la prevención de las violencias sexuales. Y, a medida que profundizábamos en los contenidos, surgían preguntas importantes: ¿Qué implica la educación sexual? ¿Qué aspectos deberían formar parte de una intervención de calidad? ¿Qué son exactamente los derechos y qué relación tienen con la educación sexual?

Este proceso formativo ha permitido al grupo identificar que la educación sexual contribuye al bienestar individual, sí. Pero también constituye una herramienta colectiva para el ejercicio de derechos. Les ha ofrecido un marco claro desde el que cuestionar desigualdades, entender los retos que enfrentan en su entorno y reconocer el derecho de las personas jóvenes a vivir la sexualidad de forma libre, informada, placentera y segura. Para muchas personas del grupo, esta era la primera vez que se sentían escuchadas y acompañadas en un espacio que abordaba la sexualidad con respeto, apertura y profundidad.

La importancia de los espacios de encuentro

De ahí que una de las primeras cuestiones que ha surgido en este proceso formativo haya sido la nece-

sidad que tienen las personas jóvenes de coincidir en espacios físicos seguros y relevantes. Si bien el entorno digital ocupa una gran parte de sus vidas, el deseo de conexión real, de compartir experiencias cara a cara y de sentirse parte de un grupo sigue siendo muy importante para ellas. “Ha sido un espacio abierto y acogedor donde compartir y disfrutar”, señalaba una de las participantes. “Me he sentido cómoda. No sabía que además de aprender sobre sexualidad, encontraría gente con quien poder dialogar desde un punto más humano”, subrayaba otra.

Así, más allá de los contenidos, el curso ha logrado servir como espacio de confianza y pertenencia. A lo largo de las sesiones, se han tejido relaciones que han permitido debatir sin juicio, compartir vivencias, explorar dudas y fortalecer el sentido de grupo, lo que refuerza la idea de que este tipo de espacios no son un complemento, sino una condición fundamental para el trabajo con personas jóvenes, puesto que mejoran el bienestar emocional, el aprendizaje y la implicación activa en el proceso.

Sin embargo, esta espontaneidad contrasta con la manera en que actualmente se gestionan muchos espacios juveniles. En nuestro trabajo habitual vemos



que han dejado de estar liderados por las propias personas jóvenes, convirtiéndose en lugares institucionalizados, demasiado dirigidos por los equipos profesionales. Estos espacios condicionan en gran medida el desarrollo de las actividades, que, aunque necesitan apoyo de las personas adultas, no pueden circunscribirse a las demandas de las instituciones, ya que eso debilita la capacidad de los y las jóvenes de transformar aquello que les afecta directamente.

De ahí que uno de nuestros objetivos como organización -en ésta y otras actividades- sea impulsar la recuperación de espacios de encuentro donde se permita la creación de nuevas propuestas y respuestas creativas, lideradas por jóvenes.

Jóvenes y profesionales. Un rol que suma

Un aspecto muy valioso del curso ha sido comprobar cómo las personas jóvenes pueden asumir con naturalidad su rol como educadoras y referentes, sin disfrazarse de adultas y sin dejar de ser quienes son. Eso también les permite abordar el acompañamiento educativo desde un lugar cercano, conectando su experiencia con la de otras personas jóvenes.

Esa doble posición también les ayuda a identificar desafíos que están viviendo en primera persona. Por ejemplo, durante el curso han surgido reflexiones interesantes sobre el impacto de los mensajes contradictorios que reciben las personas jóvenes (lo que escuchan en casa, lo que se dice en clase, lo que ven en internet y redes sociales, la pornografía, etc.), y cómo eso convive con una falta de espacios en los que poder encontrar información de calidad.

Sin embargo, a pesar de esos desafíos, nos quedamos con algo muy valioso: la voluntad de las personas jóvenes de ser parte activa del cambio social, de participar más y de ocupar espacios de influencia con el objetivo de poder transformar realidades. Muchas personas del grupo manifestaron su deseo de “hacer cosas” ya: crear talleres, espacios de apoyo, actividades en sus barrios y contenidos para redes sociales.

Pero también expresaron dudas: cómo hacerlo, con quién contar, cómo sostenerlo en el tiempo, y hasta qué punto se puede tener impacto si no hay un sistema detrás que lo respalde. A esto se suma un contexto de incertidumbre e inseguridad, marcado por discursos antidemocráticos que van ganando peso en el debate público, lo que repercute directamente en la vivencia positiva de la sexualidad, el cumplimiento de los derechos sexuales y la promoción de la salud sexual.

Y aun con todas esas barreras, muchas de estas personas ya están actuando: están aplicando los conocimientos adquiridos en sus propios entornos de trabajo, organizando espacios de encuentro, incluyendo contenidos sobre sexualidad en actividades educativas, proponiendo cambios en sus centros y acompañando a otras personas jóvenes con una nueva mirada.

Ese efecto multiplicador demuestra que su capacidad está ahí; y que invertir en la formación de las personas jóvenes no solo tiene efectos individuales, sino también comunitarios y estructurales. Ahora bien, hace falta una estructura coherente con sus intereses, que fomente sus competencias y reconozca su capacidad de acción. La participación juvenil, para que sea posible y sostenible, necesita más que voluntad individual; requiere también respaldo, acompañamiento y condiciones estructurales que la hagan viable.

Aquí entra en juego la importancia de que estos procesos formativos no se den de manera aislada, sino que estén articulados con entidades sociales, espacios comunitarios y administraciones públicas. En este contexto, el papel de organizaciones como SEDRA es fundamental, porque lo que planteamos no es solo una intervención pedagógica, sino una apuesta política: una forma de fortalecer a las personas jóvenes, de reconocer que su voz cuenta, que su mirada es valiosa y que su implicación contribuye a una sociedad más justa e igualitaria. ■